

Activar el archivo

Una experiencia viva en torno al Batallón 601 de Monte Chingolo

Fernando Julián Martínez (Yulian) ¹

Resumen

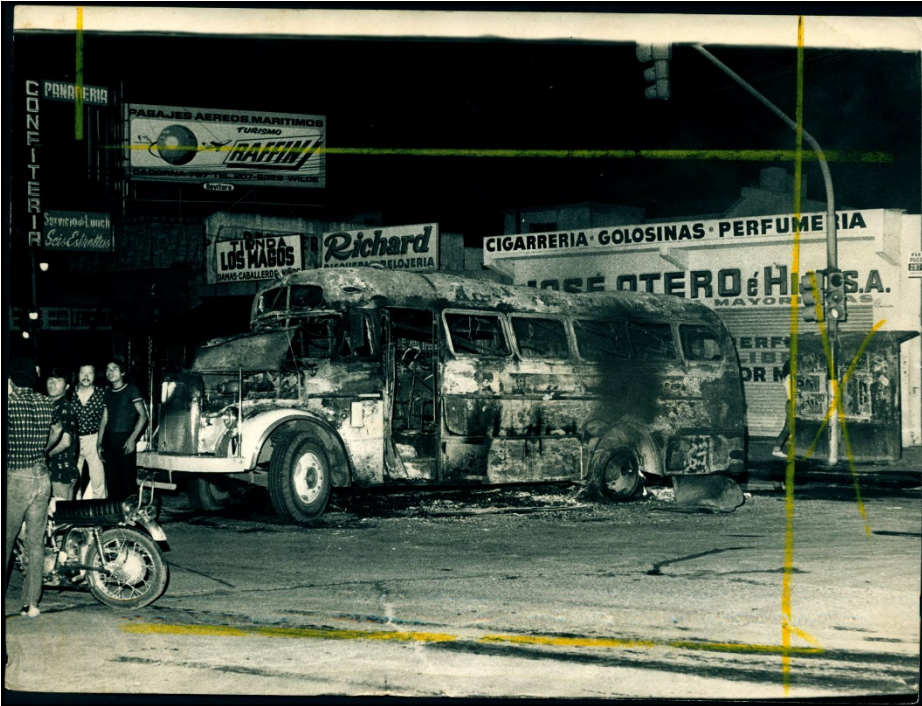
Voy a hablar sobre un trabajo de investigación que me llevó cuatro años y que culminó en la publicación de un libro fotográfico titulado “Las Batallas de Monte Chingolo” (Bex, 2021). Soy fotógrafo y me formé en la escuela de fotografía de Avellaneda. Siempre me interesó, desde un principio, abordar, o intentar hacerlo, a la fotografía en conjunto con la historia, tanto la propia, como la nuestra.

El veintitrés de diciembre del dos mil veinte se cumplieron cuarenta y cinco años desde que el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) siendo las 18:50 hs, en vísperas de la navidad, decidió copar una de las instalaciones más grandes del Ejército Argentino (Batallón de Arsenales 601 Coronel Domingo Viejobueno) con el objetivo de llevarse una gran cantidad de armamento para continuar con la lucha revolucionaria. Aunque el ERP tenía indicios de que la acción habría sido filtrada, continuó adelante con el plan. Se trató de una de las más importantes operaciones llevadas a cabo por una organización guerrillera de América Latina y, sin embargo, su iconografía es poco conocida y difundida. Esta ponencia tendrá como objetivo redescubrir el archivo fotográfico en torno a uno de los episodios más cruentos de nuestra historia reciente para ponerlo en diálogo con nuestro presente, con el territorio y con el testimonio, pero también para activar el archivo y analizar sus posibilidades.

Esta presentación, que se titula “Activar el archivo, una experiencia viva en torno al Batallón 601 de Monte Chingolo” abordará los siguientes ejes:

¹ fernandojulianm@gmail.com

- El archivo como prueba o aproximación a la verdad
- Instrucciones para mirar una fotografía (Cora Gamarnik)
- Hablar después de 45 años
- Activación del archivo en el espacio público y en el territorio



Contención a refuerzos policiales y militares en Cmno. Gral. Belgrano y Onsari. 23 12 1975, Archivo **Crónica**.

Palabras claves: activación – imagen – memoria – derechos humanos – monte chingolo

Activar el archivo

Una experiencia viva en torno al Batallón 601 de Monte Chingolo

Los enfrentamientos de aquella noche (23 de diciembre de 1975) se prolongaron durante varias horas y la represión militar se extendió en los alrededores durante varios días. Para que la compañía encargada de asaltar el cuartel pudiera llevar a cabo su objetivo, una segunda compañía debía encargarse de los anillos de contención en torno al cuartel y sus alrededores. Este accionar incluía el bloqueo de todos los accesos de Capital Federal a la provincia de Buenos Aires para evitar los refuerzos policiales y militares. El episodio dejó un saldo de cincuenta y tres guerrilleros caídos en combate, siete bajas del Ejército Argentino –de los cuales cuatro eran soldados conscriptos–, y varios vecinos muertos jamás contabilizados hasta la fecha.

“Preanuncian aumentos” era un titular frecuente que circulaba a fines de mil nueve setenta y cinco, donde la canasta básica, en conjunto con el transporte público, se veían afectados por el alza en los precios hacia finales de un año convulsionado en donde la democracia se encontraba alerta ante las amenazas de un nuevo golpe de Estado. El gobierno de Isabel Perón venía soportando una serie de movilizaciones masivas en contra de su ministro de Economía Celestino Rodrigo, que impulsó el “Rodrigazo”: profundizó la devaluación del peso, la baja de salarios y el aumento en servicios esenciales para la población. Julio Menajovsky (fotógrafo), en el texto que abre y da inicio al ensayo fotográfico de mi autoría “Las Batallas de Monte Chingolo” (BEX), dice que: “En 1975 el mundo convulsionaba: América Latina, entre la doctrina de la seguridad nacional, que expandía su sombra por toda la región, y las imágenes que llegaban de Vietnam y del Chile de Pinochet, convirtieron en ardiente esta frontera de la guerra fría. Mientras, en Argentina, el aire se tornaba sombrío ante la inminencia de un nuevo golpe de estado” (Menajovsky, 2020:8). Los antecedentes no sólo se remontan a los hechos represivos durante el gobierno de facto de Lanusse sino también a los decretos firmados por el Poder Ejecutivo Nacional en mil nueve setenta y cinco, dictados durante el gobierno constitucional de María Estela Martínez

de Perón, cuyo fin era organizar a las fuerzas militares y de seguridad para combatir a las organizaciones guerrilleras que actuaban por entonces en el país. De los cinco decretos dictados, sólo el primero limitado a la provincia de Tucumán, y el último con alcance nacional, establecen expresamente la orden de “aniquilar el accionar de los elementos subversivos”.

El Operativo Independencia en el monte tucumano y la derrota de Monte Chingolo fueron dos golpes muy duros para el ERP y vaticinaron la noche más oscura a concretarse el veinticuatro de marzo de mil nueve setenta y seis. Las décadas pasan y como un resplandor que no cesa, las conflictividades sociales siguen apareciendo y las esquirlas de la batalla siguen en el aire.

El barrio

Hasta mil novecientos cincuenta y cinco el predio del Batallón 601 alojaba los galpones del IAPI (organismo del primer peronismo de control del mercado exterior donde toda la riqueza de nuestras tierras pasaba por el Instituto. Parte de la renta que producía la exportación era captada por el estado para promocionar la industria a modo de estrategia para transformar la matriz productiva del país, un país de producción primaria, en un país industrial). Hoy "la Iapi", nombra tanto a aquella dependencia, como a la villa de emergencia que extiende su desangelado paisaje justo frente al predio.

“Monte Chingolo, un rincón de Lanús, ubicado en los límites de los partidos de Quilmes, Avellaneda y Lomas de Zamora en el sur del Gran Buenos Aires, cual territorio palimpsesto, preserva las marcas de viejas disputas que nuestra historia no logra saldar” (Menajovsky, 2020:8).

Su origen se remonta a 1815, cuando Juan Manuel de Rosas fundó en un paraje local un saladero denominado “Las Higuieritas” situado en la calle Magdalena. Aquel lindaba con algunos arroyos de la zona y con lo que, a partir de mil nueve treinta, sería la estación Ángel Fernández, perteneciente al Ferrocarril Provincial.

El archivo

La ausencia de imágenes respecto al episodio o la poca consulta y difusión en torno al tema ha generado que esta historia sea transmitida a través de la historia oral. Es común que sea recordada en charlas familiares, sobremesas o conversaciones entre vecinos. En mi caso, conocí esta historia, porque Luis Martínez, mi padre, un joven de veinte años, ha vivido de cerca esta historia como vecino del barrio. El solo hecho de tomar la decisión de hurgar en la iconografía de este episodio constituye un gran acto. Me ha llevado a conocer a uno de los dos fotógrafos que cubrió aquel episodio por la noche, Eduardo Núñez, quien trabajaba para la revista 7 Días. El archivo aportó a la construcción de una obra artística y a continuar con la búsqueda de la verdad, incluso, ha hecho hablar a personas por primera vez sobre el tema luego de cuarenta y cinco años de silencio. Por todo ello, me propongo realizar una selección escueta de todos los aportes que se pueden realizar desde el archivo, desde nuestro presente y desde nuestra propia historia, haciendo hincapié en el intento de copamiento al Batallón 601 de Monte Chingolo.

El primer antecedente hallado, de similares características al operativo del año setenta y cinco, se trató de un comando guerrillero que intentó asaltar el Arsenal el doce de junio de mil novecientos setenta y dos. En la noticia no se aclara a que organización guerrillera pertenecía el comando que intentó el golpe. El objetivo, muy probablemente, era sustraer armamento que se encontraba dentro del predio. No hay que olvidar que el Batallón 601 Viejobueno, luego del golpe que derrocó a Perón en mil novecientos cincuenta y cinco pasó a manos del Ejército argentino, y se trataba del mayor depósito de arsenales del país. Sucieron una serie de rastrillajes en las villas de los alrededores para buscar posibles sospechosos, pero no se logró ubicar a nadie. El Batallón será a lo largo de los años un espacio de continua disputa en el territorio.

LA GUARDIA PUSO EN FUGA A COMANDOS, TRAS BREVE TIROTEO

Iban a Copar un Arsenal: Fallaron

Ha causado conmoción en ciertos círculos el intento de copamiento por parte de un numeroso grupo de guerrilleros urbanos de las instalaciones que el Batallón de Arsenales 601 "Domingo Viejo Bueno" posee en la ruta General Belgrano, kilometro 1150.

La acción ocurrió durante la madrugada de ayer y se estima que participaron en el ataque alrededor de 15 comandos armados con ametralladoras y pistolas, entre los que se contaban varias mujeres. Los guardias lograron frustrar el operativo insurgente al abrir fuego sobre los desconocidos, quienes respondieron a tiros y huyeron en varios automóviles y camionetas a toda velocidad.

• La Guardia y un Grupo de Sospechosos
El Batallón de Arsenales se encuentra ubicado frente a una villa de emergencia denominada "Victor Hugo"; detrás de los cuarteles existe otro barrio precario llamado "Villa IAPI", por estar en terrenos que pertenecieron al ex Instituto Argentino de Promoción e Intercambio durante la década de 1950. En el interior del batallón hay almacenadas grandes cantidades de armas del Ejército, livianas y pesadas, así como explosivos de todos los tipos. Posiblemente ese era el objetivo de los guerrilleros, logran sustraer todo ese moderno armamento.

Sin embargo, los guardias que custodian la entrada advirtieron movimientos sospechosos en las afueras y dieron orden de identificarse a los desconocidos. Como éstos no lo hicieron, se efectuaron algunos disparos al aire para solicitar refuerzos.

• Tiroteo en la Noche y Fuga
Al escuchar los tiros, los comandos comenzaron a disparar hacia las casillas de guardia y se generalizó un breve tiroteo que duró muy pocos segundos —según los testimonios de vecinos— pero que fue de gran intensidad, ya que también se usaron ametralladoras.

El enfrentamiento finalizó cuando los guerrilleros decidieron retirarse aprovechando la oscuridad, usando varios automóviles y camionetas.

Rápidamente fueron alertadas todas las regiones policiales de la provincia, quienes a su vez ordenaron a los destacamentos camineros el cierre de las rutas.

Por su parte, el oficial de servicio del batallón teniente 1º Magnelli, puso en estado de guerra a unos 30 hombres que en contados segundos salieron en varios camiones para perseguir a los comandos rebeldes. A pesar de que trataron de darles alcance no lograron resultados positivos.

Fueron recorridas las villas de emergencia ante la posibilidad de que los rebeldes intentaran buscar refugio en alguna de las humildes casillas, pero tampoco se logró ubicar a ninguno.

• Inquietud Militar
Hay que hacer notar que se advirtió gran inquietud en algunos círculos militares; en efecto, de haber logrado tomar el Batallón de Arsenales, los guerrilleros se podrían haber llevado miles de armas de todo tipo y calibre, explosivos en gran cantidad y otro tipo de elementos usados en la institución castrense.

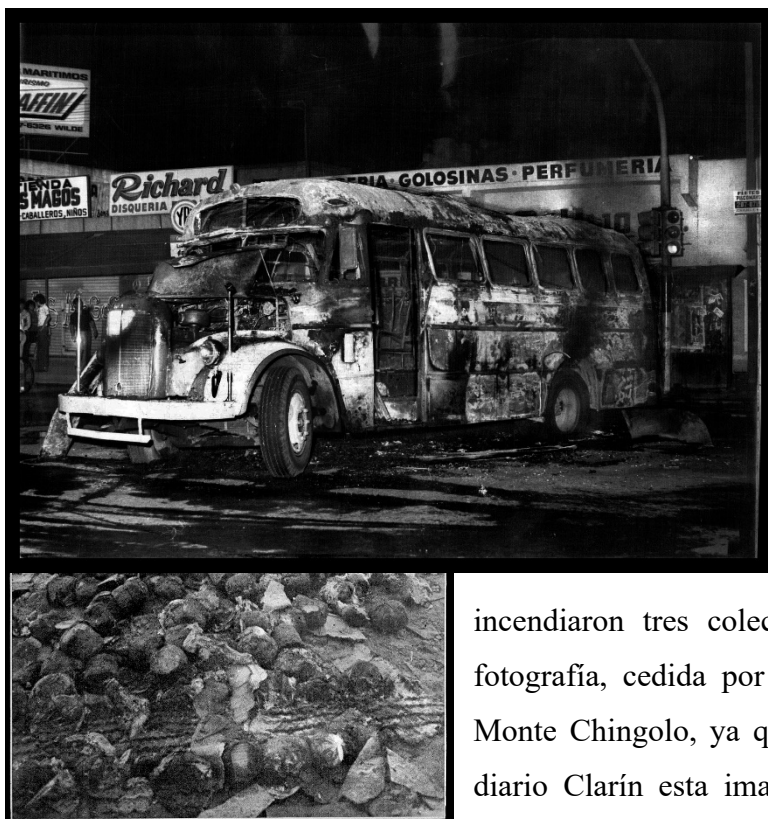
Es por esa razón que se habría dispuesto un reforzamiento de la guardia y un sistema especial de alarma para detener cualquier ataque externo. Esta versión se trató de confirmar en medios castrenses, pero no fue posible debido al hermetismo oficial.

Finalmente, cabe destacarse que hace aproximadamente una semana cuatro o cinco hombres intentaron copar la guardia y fueron repelidos. Se estima, sin embargo, que en ese caso el propósito era el de sustraer los fusiles a los centinelas y no copar el cuartel.



Frente del puesto de guardia del Batallón 601, Depósito de Arsenales, cuyo copamiento fue impedido a tiros.

Diario Crónica, martes 13 de junio de 1972 "Iban a copar un Arsenal: Fallaron"



Las fotografías y el archivo como prueba o aproximación a la verdad

En la fotografía se observa un colectivo a modo de contención que impedía el paso del Regimiento de Patricios n°1 proveniente de Palermo. En esa esquina se incendiaron tres colectivos con el mismo fin. Esta fotografía, cedida por la Comisión de Familiares de Monte Chingolo, ya que cuando visite el archivo del diario Clarín esta imagen no fue entregada para ser

consultada, es uno de los hallazgos más importantes de este trabajo. Esta investigación y desarrollo de obra fue en gran parte a los relatos orales que mi padre, Luis, me hacía sobre aquel suceso. El recordaba, al igual que todos los vecinos entrevistados, imágenes mentales de colectivos incendiados y puestos de pan dulce también incendiados tirados en el medio de la calle, mas precisamente en la calle Fabian Onsari (ex Cadorna). Debido a que estas imágenes no eran conocidas o las que circulan por la web son de baja resolución y casi ilegibles en algunos casos, en su conjunto, se trataba de una gran hazaña. Esto porque cuando visitaba las casas de los vecinos y vecinas y los entrevistaba ahora ellos cambiaban su gestualidad corporal, porque después de tantos años estaban viendo unas fotografías reales de aquello que vivieron hace más de cuarenta años atrás. Y no había posibilidad de que ese no fuese el colectivo que recordaban, porque como plantea Laura Bonaparte “aquí la subjetividad es borrada [...] de un plumazo. No hay lugar para la imaginación porque todo lo avallasa el documento gráfico” (Bonaparte, 2006: 22)

Contención a refuerzos policiales y militares en Cmno. Gral. Belgrano y Onsari. En el suelo se observan los panes dulces incendiados. 24 12 1975, Archivo **Revista Gente**

El caso de Carlos Omar Oroño

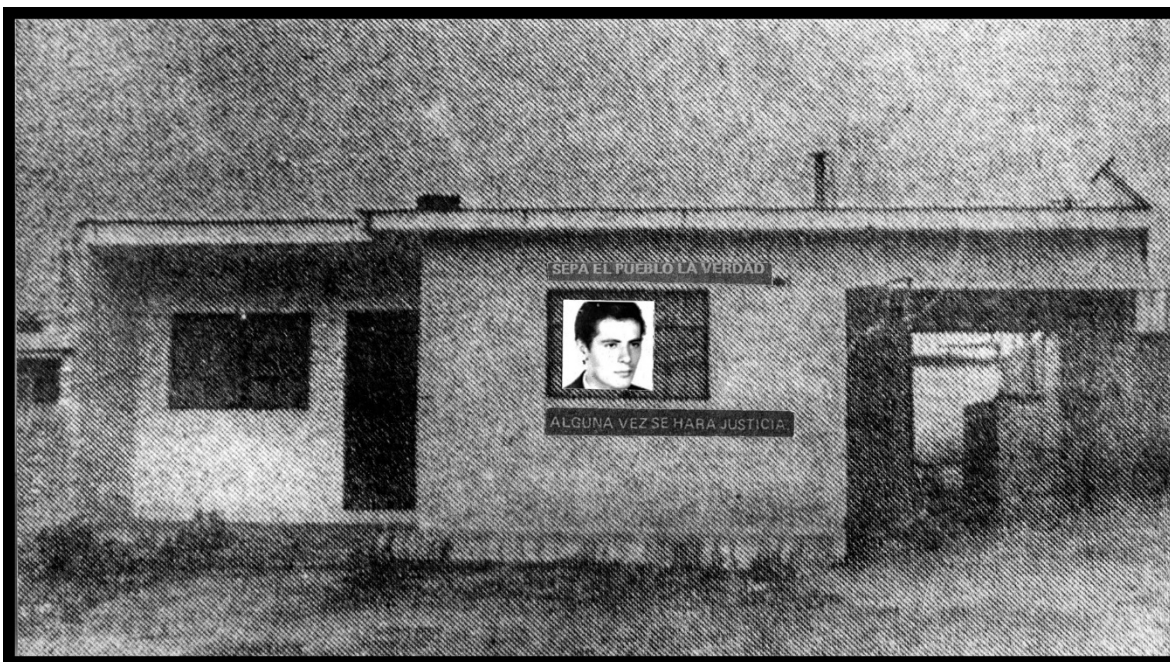
Eduardo Oroño se levanta de la mesa en la que estábamos charlando. Busca en su mueble una serie de papeles que se encuentran dentro de un folio. Se trata de un comunicado policial que informa que el día 31 de diciembre de 1975 habría sido identificado su hermano Carlos Omar Oroño en un barrio de Quilmes, sin aclarar muy bien, las circunstancias. Eduardo, junto a su compañera Alicia Delfino, forman parte de la Comisión de Familiares de Monte Chingolo. Son de bajo perfil y no les gusta ser “los protagonistas de la historia”, pese a que, durante años, se encargaron de visibilizar la causa de diversas maneras. “El Estado es responsable. Dice Eduardo, en un tono furioso mientras se acomoda los lentes. Yo necesito saber qué le pasó a mi hermano, qué arma llevaba encima, dónde está el arma, cuántos balazos recibió, qué hicieron con su cuerpo”. Todo lo que se sabe de su hermano es que fue trasladado herido a la villa IAPI de Bernal y que murió desangrado en el trayecto que recorrieron en dirección a la posta sanitaria ubicada en Quilmes. “Las fuerzas represivas le cortaron las manos y fueron identificadas en mil novecientos noventa y nueve. El cuerpo

nunca apareció. Creemos que lo tiraron al río”. Carlos Oroño tenía veintidós años, habría sido herido de gravedad en el sector central del ataque y ante el pedido de socorro, la unidad de sanidad acudió en auxilio. “Somos del ERP, estamos tomando el Batallón. Traemos un herido, ¿nos pueden ayudar?”. La casa de Quilmes, vista desde arriba, era una L. Tenía la forma similar a un colegio, según testimonios. Poseía un patio grande que daba al exterior y las habitaciones se encontraban una al lado de la otra. Aquel diciembre, la zona no poseía agua, por lo cual, los miembros de la compañía debían llevar agua en bidones y debían cuidarla para poder abastecerse. El veintitrés de diciembre en un camión llegó la Negra Chela, jefa del grupo de sanidad, junto a su compañero Carlos Lucas Bonet. Ambos trajeron una caja que contenía equipos sanitarios. Ese mismo día, Chela se encargó de aplicar la vacuna antitetánica a los guerrilleros que asaltarían el Batallón.

Alrededor de las 9 a.m. de la mañana del veinticuatro de diciembre, una patrulla integrada por unos quince hombres, soldados, policías y civiles, salió por la puerta principal del Batallón y enfiló para la villa IAPI. Uno de los soldados que encabezaba el grupo portaba un megáfono, el resto, armas pesadas. Luego de cruzar una cancha de fútbol, el patrullaje llegó a un basural cercano. “En el centro de unas montañas de desecho, fueron hallados dos revólveres y una escopeta Itaka. Más allá ropas ensangrentadas y casi de inmediato, las huellas de un automóvil [...] los que conocen afirmaron que se trataba de un Citroën”. Los vecinos describieron un automóvil de color blanco que habría sido tapado para que los helicópteros que sobrevolaban la zona no lo descubrieran. “Sus ocupantes eran extremistas y existía la casi seguridad que transportaban un herido”, relataba el diario La Razón. Se puede deducir que Carlos, durante la batalla, portaba una escopeta o una pistola, o ambas dos. A su vez, que fue trasladado en un auto de color blanco, marca Citroën. El periódico El Combatiente narraba que en medio del tiroteo la escuadra de sanidad tuvo que evacuar la zona. Dada la imposibilidad de escaparse por las rutas debieron instalarse en la villa. Llegaron a una casa “y cuando nos vieron llegar se dieron cuenta que algo teníamos que ver con los estruendos [...] Por otra parte, en el asiento de atrás se veía al compañero ensangrentado y aún consciente [...] Una vez que dejamos al compañero herido y a la compañera médica, volví conduciendo a la villa”. Plisteremberg¹, en una primera versión del hecho narra que “Al llegar a la posta sanitaria, pasaron a Carlos Omar Oroño a otro vehículo

que con Chela partió hacia Ranelagh. “Lo llevaron a la casa de concentración, pero cuando llegaron ahí, el compañero ya estaba muerto”. El cuerpo lo habrían dejado en la casa de Ranelagh. Sin embargo, el propio autor cuando narra los allanamientos de los lugares de concentración, contradice su propio relato ya que expresa “La casa de Quilmes, lugar de concentración de la Unidad ‘Guillermo Rubén Pérez’, también fue asaltada por fuerzas de seguridad. Allí encontraron el cuerpo sin vida de Carlos Omar Oroño”. No parece tener sustento la teoría de que habrían hecho un trasbordo en la posta sanitaria (Quilmes) para luego trasladarse a Ranelagh. Hay que tener en cuenta el estado de gravedad de la herida que poseía Carlos. Parecen existir pruebas suficientes para constatar que la casa de Quilmes, además de ser la casa donde se acuarteló la compañía encargada de asaltar el Batallón, también funcionó como posta sanitaria. Para deducir que el cuerpo fue dejado en Quilmes y no en Ranelagh, me baso en una noticia que publicó el diario El Sol, periódico local de Quilmes, que describe que el 30 de diciembre se dio un procedimiento anti extremista en Quilmes Oeste. Primer dato certero: se trataba de la caída de una finca ubicada en la calle Ricardo Rojas 1228 donde se encontró un cuerpo sin vida en estado de descomposición “suponiéndose un extremista abandonado en la vivienda”. Segundo dato certero: se secuestró un puñado de armas junto a material quirúrgico, indicio de que se trataba de una posta sanitaria. Es evidente que el cuerpo habría llegado sin vida al establecimiento y Chela debió dejarlo para volver a su puesto de sanidad en el cuartel. Posteriormente, Leo Freidenberg, sobreviviente del ERP que aquella noche ingresó al cuartel, en una entrevista personal en la ciudad de Salta me confirmó que efectivamente el cuerpo de Carlos Omar Oroño fue dejado sin vida en la casa de Quilmes y me brindó una descripción detallada. El cuerpo de Carlos fue identificado por la policía al día siguiente que fue allanada la casa, portaba un documento a nombre de Carlos Américo. Identidad falsa. Luego del rastillaje y hasta el día de hoy su cuerpo permanece desaparecido. Eduardo se vuelve a sentar y deja los documentos sobre la mesa para que los lea. Trato de leerlos sin perder el hilo de la conversación. Evito tomar fotografías de la causa judicial para no ser invasivo. Cuando comprendí que podía tratarse del hermano de Eduardo un fuerte dolor de cabeza me invadió y las lágrimas recorrían mi rostro al intuir que seguramente aquella persona que nombraba el diario podía ser Carlos, hermano de Eduardo. No quería generar ilusiones o falsas expectativas ante una situación tan

delicada como lo es la pérdida y desaparición de un familiar. Presentí que había estado dialogando con la verdad, o por lo menos, una parte de ella.



Casa de concentración de la compañía encargada de asaltar el cuartel y en donde fue hallado el cuerpo sin vida de Carlos Omar Oroño. Archivo: **El Sol**.

1. Referencia a Gustavo Plisteremberg, autor del libro, Monte Chingolo, La Mayor Batalla de la Guerrilla en Argentina. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Planeta, 2015.

Eduardo Núñez, fotógrafo de la revista 7 Días

Luego de varios desencuentros, pandemia de por medio, pude conocer a Eduardo Núñez y a su compañera "Perla". Eduardo fue quien me dio uno de los testimonios más sentidos y profundos para el libro de mi autoría Las Batallas de Monte Chingolo. Fotógrafo gran parte de su vida. Fue el único enviado a Chile por la revista Panorama para cubrir la comitiva de fuga del penal de Rawson en el año 72, nota que luego obligaría a Tomas Eloy Martínez, director de la revista, a través de la dictadura de Lanusse, a dejar ese cargo. Fotografió a George Harrison en Brasil. Cubrió por la noche del 23 de diciembre de 1975 para la revista 7 Días, junto a Ismael Gómez de Clarín, el intento de copamiento al Batallón 601. Dice que fue la única vez que temió por su vida, ya que también fotografió el regreso

de Perón en Ezeiza. Era de noche, vísperas de navidad, se encontraba con su cámara baja y veía gente caer al lado suyo. Logró volver a la redacción cuando los puentes se normalizaron y se encontraba con sangre que ni siquiera era suya. Cuando el encuentro para realizar la entrevista se concretó tome como referencia la publicación de Cora Gamarnik “Instrucciones para mirar una fotografía”, publicado en el catalogo de la Bienal de Fotografía Documental 2018, de Tucumán. Me centre principalmente en la siguiente cita: “Buscar el autor o autora. Buscar el año, el día, el lugar donde se hizo. Si es posible, entrevistar al autor o autora. Preguntarle por qué sacó esa foto, en qué circunstancias, que le pasó al sacarla, que sintió, que pensó después, cómo la hizo circular, para qué o para quien la sacó, dónde la publicó si es que se hizo pública. Preguntarle qué piensa de su foto” (Gamarnik, 2018: 26)



26 de diciembre de 1975, fotografías del día posterior al ataque en el cuartel y los alrededores de Monte Chingolo. Fotografías de Eduardo Núñez. Archivo: **Clarín**.

Respuesta de Eduardo:

“Cuando llegué era el infierno. Venían tiros por todos lados. Un colectivo quemado, puestos de pan dulce quemados. La gente corriendo por las calles. Si no era por mi compañero (Ismael Gómez, fotógrafo de Clarín) que me dijo “vamos, vamos”... Me había quedado helado, la verdad es que me quedé con la cámara baja, entregado, pensando que esa gente iba al cadalso. La verdad que no se me borra nunca más de la memoria. Me puedo olvidar de muchas cosas...pero de esa yo no me olvido. Pensar que murió mucha gente joven y no se sabe cuánta...gente joven, eso es una pena. Ojalá que esto no vuelva a ocurrir nunca más”.

Cuando hago referencia en el título a una “experiencia viva” me refiero a este tipo de testimonios, entrevistas directas con los protagonistas, quienes, de alguna forma u otra, han puesto su cuerpo, como lo es el caso de Alberto Gallino y sus familiares.

Hablar después de 45 años

Tanto Eduardo, como Alberto, no han hablado de este acontecimiento, sino hasta que se enteraran de que estaba por publicar el libro, en el caso de Eduardo, o una vez ya publicado, en el caso de Alberto. Es decir, hablarían por primera vez sobre el copamiento al Batallón 601, cuarenta y cinco años después de que sucediera.

El día veinticuatro de diciembre el Ejército Argentino se encargó de realizar una serie de razias en los alrededores del cuartel, llevándose de esta forma a toda persona que considerasen sospechosa, sin importar su relación directa o no con lo acontecido o si eran vecinos o vecinas de los barrios periféricos. Es el caso de una fotografía del mismo día veinticuatro en donde se observa una gran cantidad de vecinos huyendo asustados del interior del cuartel. En el movimiento de sus cuerpos hay muchos indicios: desde posibles maltratos o interrogatorios incómodos con un despliegue de violencia, tanto física, como psicológica. Esta teoría se confirma con el testimonio del vecino Alberto Gallino, quien tiene uno de mis ejemplares. Él cuenta:



Liberación de vecinos apresados luego de un operativo de seguridad preventivo en los alrededores del cuartel. 24 de diciembre 1975. Archivo: **Crónica**.

En los años 70, vivía en Banfield. Una parte de mi familia materna se había establecido en la villa “La IAPI”, que estaba frente al cuartel.

Uno de los principales recuerdos que tengo de mi infancia es que pasábamos los domingos en la casa de mi madrina en “la villa”.

El contraste entre el residencial Banfield y “La IAPI” era brutal: dos mundos sin aparente conexión. En mi mente de niño, ir a visitar a mis tíos era como entrar en un parque de diversiones: en cada esquina, en cada cuadra, de todos lados se escuchaban carcajadas, música fuerte, gritos, peleas, ladridos de perros; y se veían caballos sueltos, gallinas en medio de la calle, vendedores ambulantes que vociferaban sus ofertas; un poco más allá, los gitanos con sus carpas, sus vestidos y alfombras de colores.

Mi tío reparaba faroles “sol de noche” y vendía agua por la calle. Me recuerdo arriba de un carro con un tanque con agua, tirado por un caballo flaco, gritando con mis primos: “¡Aguatero, aguatero!”, como describía el manual Kapelusz la Buenos Aires del 1800.

Cuando se produjo el ataque al cuartel, yo ya tenía 18 años y alguna militancia social. Ese día la sensación general era de incertidumbre y espanto; recuerdo estar con toda mi familia callados frente al televisor, tratando de entender qué estaba pasando.

Como no había teléfono, ni ninguna otra manera de comunicarnos con nuestra gente en “La IAPI”, a los pocos días fui el encargado de ir a ver cómo estaban mi tío y mi primo, que por ese entonces eran los únicos que permanecían viviendo allí.

Cuando el colectivo se acercó a la zona del cuartel, empecé a percibir algo como cuando se pasa en la ruta por al lado de un accidente. Al detenerse en la puerta del cuartel, donde toda mi infancia bajábamos para visitar a mi madrina, la sensación fue como estar pisando el suelo de otro planeta. Todavía hoy, a más de 40 años, recuerdo cómo se me puso la piel de gallina al descender porque no se escuchaba nada, era todo silencio, pero ese silencio que solo se advierte en los templos o en los cementerios; no había vendedores ambulantes, los perros no ladraban, no había música, ni gritos de peleas, ni carcajadas.

Encontré a mi tío y a mi primo también en silencio; por primera vez en mi vida entré a esa casa y la radio estaba apagada. Ambos, morochos grandotes, estaban muy pálidos; mi primo, de unos veintipico de años, era el que más hablaba; a mi tío le costaba articular las palabras.

Me contaron que el día del ataque escucharon tiros de todos lados, enseguida un griterío y los vecinos que corrían sin ningún sentido. En ese entonces, todas las casas eran de chapa; el único lugar de material era un excusado comunitario en medio del patio. Mi tío relataba que todos los vecinos se metieron allí, apretados, con miedo; decía que escuchaban ráfagas de ametralladoras, y las ramas de los árboles caían sobre el techo de chapa.

Al otro día, los soldados, en formación, entraron casa por casa para revisarlas, y se llevaron a todos los hombres jóvenes al cuartel; entre ellos, a mi primo. Los hicieron acostar boca abajo en el playón de cemento. Con posterioridad, mi primo me mostró una cicatriz en la frente, producto de un golpe que le propinaron cuando levantó la cabeza para pedir agua. Me dijo que no recordaba cuánto tiempo estuvo desmayado, pero lo que lo mantenía

consternado era la imagen de cuando se llevaron a algunos vecinos adentro del cuartel, a los que nunca más volvió a ver.

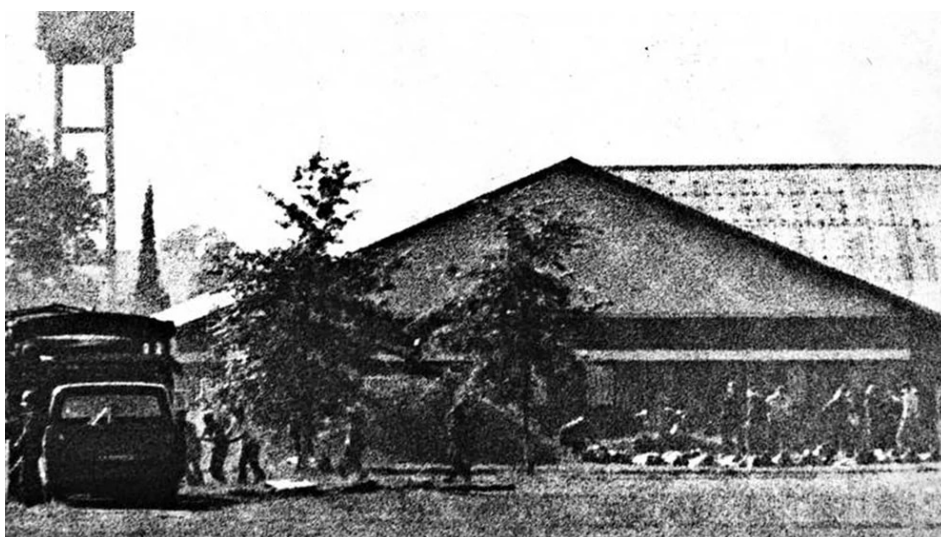
Cuando regresé a mi casa, me escucharon guardando el mismo silencio con que días antes mirábamos las noticias en el televisor. Recuerdo que mi madre, con su típico gesto de secarse las manos en el delantal, me preguntó: “¿Entonces Monengo y Armandito están bien?”; fue el único comentario; nunca más escuché nada en mi familia sobre lo ocurrido en Viejo Bueno.

Esto sucedió en 1975. En 2021, me encontré en Instagram con el libro de Yulian.

Abrir su libro de fotos, 45 años después, fue abrir una puerta cerrada por casi medio siglo que ni siquiera me imaginaba que existía.

La pregunta se repite al infinito: ¿Por qué tanto silencio?

Cabe aclarar, que en la doble página de la revista 7 Días, con fotografías de Eduardo Núñez, la imagen superior a página completa retrata y da testimonio que un grupo de personas se encontraban arrojadas sobre el suelo en pleno rayo de sol. Y la imagen no está completa, es un re encuadre, porque en lo que no se ve y la revista no muestra, se puede observar como ciertas personas son subidas a unos camiones del Ejército con un rumbo incierto.



Detalle restante de la fotografía de Eduardo Núñez que no fue publicada en la revista 7 Días.
Archivo: **Clarín**.

Activación del archivo en el espacio público y en el territorio

Para el cuarenta y cinco aniversario de la Batalla de Monte Chingolo, realicé una acción que titulé "Otro 23" y consistió en hacer un señalamiento con fotos en los lugares donde habían sucedido los hechos. Las fotos fueron pegadas en los paredones del ex regimiento Batallón 601 Domingo Viejobueno, hoy Parque Tecnológico Industrial de Quilmes, y en algunas intersecciones del barrio Monte Chingolo. Aunque se sabe de lo efímero de este tipo de manifestaciones, en este caso la duración superó toda expectativa. Dos días después no quedaba nada. Rápidamente las imágenes fueron arrancadas sin dejar ningún rastro, evidenciando viejas disputas que nuestra historia aún no logra saldar.



De la intervención "Otro 23", Cmno. Gral. Belgrano y Onsari. 2020

Pasan los años y son muchos los signos que aún se conservan y preservan en el barrio y sus alrededores. También, son muchos los que quedan por descifrar. Es curioso que en el actual Parque Tecnológico Industrial de Quilmes se conserven aún restos ruinosos de garitas de seguridad, galpones militares, incluso, la pintada "601 Domingo Viejobueno" con los colores

de nuestra bandera argentina a lo largo de un extenso galpón de la época. Hace tiempo que el espacio dejó de ser lo que era para ser otra cosa, pero los indicios y huellas de lo que fue y de lo que allí aconteció hace cuarenta y cinco años se siguen percibiendo en el aire. Se podría elaborar un extenso temario acerca de las historias que impregnan aquel predio: piratas del asfalto que operaban desde el ex Batallón, galpones incendiados, explosión de una fábrica de pirotecnia, ahogados en las tosqueras internas, despidos masivos de las fábricas que hoy funcionan en el predio, proyecto de una reserva natural, proyecto de construcción de 7.000 viviendas, quema de basurales en sus paredones. La lista es extensa, pero me detengo solo en esta acción fotográfica. Me interesa trazar un paralelismo entre los bombardeos de Plaza de Mayo, acontecidos el dieciséis de junio de mil novecientos cincuenta y cinco, con la destrucción de la intervención “Otro 23”. Es sabido que tanto, los bombardeos de Plaza de Mayo, como el intento de copamiento al Batallón 601, son temas ausentes en la curricula escolar. Ese es el primer punto. En otro plano, me interesa rescatar la conexión que existe entre las inscripciones en los aviones que fueron utilizados para bombardear la plaza, en donde se observan los signos “+” y “v” bajo el lema “Cristo Vence”. Es sabida la relación entre la iglesia y el apoyo a los diversos golpes de estado que hubo en nuestro país.



Fotografía obtenida de Google donde se observan las inscripciones de “Cristo Vence” en el avión.

En esa dirección, se encuentra la intervención con las fotografías de Monte Chingolo, ya que, una vez destruida la muestra, y una de las fotos es destrozada es tres partes, una mano anónima, sobre el mismo poste, escribió la leyenda “Dios Vive”.

Los años han pasado, y no es de extrañar que esto ocurra en un contexto en donde la nueva derecha cada vez está más presente, no solo en nuestro país, sino en el resto de América Latina. Y trazar estos paralelismos puede servir como motor fundamental para expandir, no solo la fotografía y el archivo, sino también a la memoria. La memoria no debe ser

singularizada, debe ser generalizada, con el fin de poner en común lo que nos pasa como sujetos insertos en una sociedad. Cuando la memoria se generaliza nos es de utilidad. Poner el foco y hablar sobre un suceso acontecido hace cuarenta y cinco años atrás, en un rincón específico del Conurbano Bonaerense (Chingolo), es de suma importancia, pero a su vez, hablar de otro episodio, ocurrido veinte años antes (1955), y a su vez, que todo ello se relacione con el presente nos indica que algo de ese pasado se encuentra muy presente en estos días. Y creo que es en esa relación donde podríamos encontrar una perforación que permita entrar luz, no solo para expandir a la fotografía y los archivos, sino que funcione como disparador en donde podamos seguir interrogándonos que cosas ya no podemos avalar para que la historia se vuelva a repetir.



De la intervención "Otro 23" 23 y 25 de diciembre de 2020.

Bibliografía

Yulian, 2020, Las Batallas de Monte Chingolo (Buenos Aires, BEX, Fotografía Latinoamericana).

Bonaparte, Laura 2016, Temas de fotografía y sociedad. (Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Imago Mundi). Tomo n°3.

Plisteremberg , Gustavo 2015, Monte Chingolo, La Mayor Batalla de la Guerrilla en Argentina. (Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Planeta).

Artículos:

Gamarnik, Cora 2018. “Instrucciones para mirar una fotografía. Julio Pantoja” Octava Bienal Argentina de Fotografía Documental, aportes para mirar y pensar. (Tucumán. Ediciones Fundación Infoto).

Diarios:

24 de diciembre 1975, “Más de 100 extremistas han muerto en el enfrentamiento” La Razón, Buenos Aires. “Patrullajes y razias”.

31 de diciembre 1975, “Hermético procedimiento Anti extremista en Quilmes”. El Sol Quilmes.

14 de enero 1976, “Cuánto nos ayudó nuestro pueblo”, El Combatiente. Buenos Aires. Página 4.